

ENRIQUE CORNELIO AGRIPA, CRONISTA EN LA CORTE DE CARLOS V,  
AUTOR DE UN LIBRO SINGULAR, *SOBRE LA NOBLEZA Y  
SUPERIORIDAD DEL SEXO FEMENINO*

César Chaparro Gómez

Universidad de Extremadura

1.- *SOBRE LA SUPERIORIDAD DEL SEXO FEMENINO*

Deja de alabar, embustero, al sexo masculino  
más de la cuenta, no sea que tal cúmulo de alabanzas resulte estéril.  
Deja, si eres sensato, de condenar al sexo femenino  
con malignas palabras que carecen de razón.  
Si sopesas bien en tu balanza ambos géneros,  
cualquiera que sea hombre cederá ante las mujeres.  
Si dudas en creértelo y te parece algo duro de soportar,  
ahora presento un testigo nunca visto que apoya mi opinión:  
este libro que el solícito Agripa acaba de publicar  
alabando al género femenino por encima de los hombres.

2.-

Dios Óptimo Máximo, padre y creador de todos los bienes...creó al hombre a su imagen y semejanza y lo creó macho y hembra; la distinción de ambos sexos, sin duda, no consiste sino en la diferente situación de las partes del cuerpo en las que la práctica de la procreación exigía una necesaria divergencia. Sin embargo, concedió al varón y a la mujer una forma del alma única y completamente indiferente, en la que en modo alguno existe diferencia de sexo. La propia mujer obtuvo una inteligencia, una razón y una lengua idénticas a las del hombre y tiende al mismo fin que él: la felicidad, respecto a lo que el sexo no impone restricción alguna...Por tanto, desde el punto de vista de la esencia del alma, entre el hombre y la mujer no hay ninguna superioridad en nobleza del uno sobre el otro, sino que ambos comparten por nacimiento igual dignidad y libertad.

3.-

En un principio, por tanto, para entrar ya en materia, la mujer fue creada tan superior al hombre como superior fue el nombre que recibió, pues Adán significa “tierra”, mientras que Eva puede traducirse como “vida”. Así pues, tan preferible es la mujer al hombre como superior es la vida a la tierra. Y no hay razón para que se diga que enjuiciar la realidad a partir de los nombres es un argumento débil, pues sabemos que el supremo artífice de las realidades y de los nombres conoció las cosas reales antes de ponerles nombre; y Él, como no pudo equivocarse, formó

los nombres en la medida en que expresaban la naturaleza y propiedad de la realidad.

4.-

Por ello, primero fueron creados los minerales, luego los vegetales, plantas y árboles... Finalmente, creó a los hombres a su imagen y semejanza, primero al varón y luego a la mujer, con la que fueron perfectamente acabados los cielos, la tierra y todas sus bellezas, pues tras la creación de la mujer descansó el Creador, en la idea de que no tenía ya a mano nada más honorable que crear y en ella se vio concluida y consumada toda la poderosa sabiduría del Creador: después de la mujer no se encuentra ni puede imaginarse otra criatura...

5.-

A ello se añade que Dios hizo al varón a partir de la tierra, que produce casi por naturaleza propia seres animados de todo tipo, cooperando también a ello el influjo celeste. La mujer, en cambio, fue creada sólo por Dios, al margen de todo influjo celeste y actividad de la naturaleza y sin la cooperación de ninguna virtud, y fue creada firme, íntegra y perfecta en todas sus partes... Así pues, el varón es obra de la naturaleza, mientras que la mujer es obra de Dios. Y, por ello, la mujer, por lo general, admite mejor que el varón el esplendor divino y suele estar más llena de él, cosa que aún ahora puede constatarse fácilmente si nos fijamos en su admirable dignidad y belleza...

6.-

De ahí que el cuerpo femenino resulte tan extremadamente delicado a la vista y al tacto, su carne muy tierna, su tez clara y cándida, su cutis nítido, su cabeza decorosa, su cabellera muy encantadora, sus cabellos suaves, brillantes y largos, su rostro más majestuoso y su porte más jovial, su faz la más hermosa de todas, su cuello blanco como la leche; su frente despejada, espaciosa y espléndida, posee unos ojos más vibrantes y chispeantes mezclados con su alegría y gracia amables, encima de los cuales se halla el ligero arco de sus cejas, separadas por una bella planicie y graciosa distancia, de cuyo centro desciende una nariz regular y contenida en los límites justos, bajo la cual vemos su boca rutilante y llena de encanto con la disposición simétrica de sus tiernos labios, en cuyo interior brillan sus dientes a la menor sonrisa, pequeños y alineados en justo orden, de un blanco radiante propio del marfil y menos numerosos que los de los varones, pues la mujer no es voraz ni mordaz. Alrededor de la boca aparecen unas mandíbulas y mejillas tiernas y suaves, coloreadas de rosáceo fulgor y llenas de pudor, y un mentón redondeado con un encantador hoyuelo que la honra. Sigue por debajo un cuello

grácil y largo que se yergue sobre hombros redondeados, una garganta delicada y blanca de poco espesor, una voz y dicción más suave, su pecho grande y prominente, formado por senos duros de carne compacta, de una redondez igual al contorno orbicular de su vientre, unos costados suaves y una espalda plana y recta, brazos largos, dedos finos y alargados de articulaciones proporcionadas, ijares y muslos rellenos, pantorrillas carnosas, con los extremos de manos y pies acabados en trazos redondeados y cada miembro en sí rebosante de savia. Además, sus andares y pasos moderados, sus movimientos más apropiados y sus gestos más dignos que los del varón, sumándose a ello la regularidad, simetría, configuración y porte exterior de todo su cuerpo, en todos los aspectos digno de contemplarse a lo largo y ancho: ¡no hay en toda la serie de las criaturas ningún espectáculo tan admirable ni ningún prodigio tan espectacular, de modo que sólo un ciego no verá claramente que el propio Dios ha concentrado en la mujer toda la belleza que el mundo puede contener, tanta que toda criatura se quedará estupefacta ante ella y la amará y venerará con muchos títulos, hasta el punto de que hemos visto con nuestros propios ojos cómo espíritus incorpóreos y demonios se han consumido muy a menudo en ardiente amor por las mujeres (y no se trata de una falsa creencia, sino de una verdad confirmada por muchos casos reales)!

7.-

¿Y no vemos cómo en la procreación del género humano la naturaleza prefirió a la mujer antes que a los hombres? Esto se ve especialmente claro por el hecho de que, según Galeno y Avicena, sólo el semen de la mujer es la materia y el nutriente del feto, mientras que el semen del varón tiene muy poco protagonismo, pues sólo entra en ella como una especie de accidente de la sustancia. Y es que, como dice la ley, el papel fundamental y principal de la mujer es “concebir y conservar lo concebido”, y si vemos cómo muchos se parecen a sus madres es precisamente porque han sido procreados a partir de la sangre de ellas. Y este parecido se da muchas veces en el aspecto corporal, pero siempre en el carácter.

8.-

¿Y qué decir de la palabra, ese don divino, el único por el que aventajamos especialmente a las bestias, que Mercurio Trismegisto considera tan precioso como la propia inmortalidad y Hesíodo califica como el mejor tesoro del hombre? ¿Acaso no es la mujer más facunda en palabras, más elocuente y abundante que el hombre? ¿Es que nosotros los hombres no hemos aprendido a hablar nuestras primeras palabras bien de nuestras madres, bien de nuestras nodrizas? Sin duda, la propia naturaleza, arquitecta del mundo, con su sagaz providencia sobre este género humano, concedió al género femenino tal don que apenas en ningún lugar puede encontrarse una mujer muda...

9.-

Así que fue el hombre quien, comiendo, pecó, no la mujer; fue el hombre quien causó la muerte, no la mujer. Y nosotros todos pecamos en Adán, no en Eva; y contrajimos el propio pecado original, no de nuestra madre, sino de nuestro padre. Y por ello la antigua ley ordenó que todo varón fuera circuncidado y que las hembras quedasen incircuncisas, decidiéndose, sin duda, que sólo había de ser castigado el pecado original en el sexo que había pecado. Además, Dios no increpó a la mujer por haber comido, sino porque dio al hombre la ocasión de hacer el mal, cosa que ella ciertamente hizo por imprudencia y por verse tentada por el diablo. Así pues, el hombre pecó con pleno conocimiento, mientras que la mujer erró por ignorancia y por ser engañada...Y quizás éste es el motivo por el que el orden sacerdotal fue confiado por la Iglesia al hombre mejor que a la mujer, porque todo sacerdote representa a Cristo y Cristo al primer hombre pecador, esto es, a Adán.

10.-

Y además, ¿acaso no superan las mujeres a los poetas en sus bagatelas y fábulas y a los dialécticos en sus gárrulas disputas? Nunca ha habido un orador tan bueno o tan fecundo que no pueda ser superado en elocuencia incluso por una pobre meretriz. ¿Qué aritmético, aun falseando las cuentas, puede engañar a una mujer a la hora de pagarle una deuda? ¿Qué músico las iguala en el canto y en la belleza de la voz? Los filósofos, los matemáticos y los astrólogos, ¿acaso no suelen ser en sus adivinaciones y predicciones inferiores a las mujeres del campo? ¿Y una simple viejecita no supera muchas veces a un médico?

11.-

Pero, prevaleciendo la excesiva tiranía de los varones contra el derecho divino y las leyes naturales, actualmente la libertad concedida a las mujeres está prohibida por leyes injustas, abolida por la costumbre y el uso y extinguida por la educación. En efecto, la mujer, nada más nacer, desde sus primeros años se ve retenida en casa en la desidia y, como si fuera incapaz de ninguna misión demasiado importante, no se le permite coger nada salvo la aguja y el hilo. Cuando después ha alcanzado los años de la juventud, es entregada al celoso dominio del marido o se ve recluida de por vida en un ergástulo de religiosas. Las leyes le prohíben cualquier función pública. Aunque sea muy prudente y sabia, tampoco le está permitido iniciar demanda judicial. Se ven también rechazadas en la administración de justicia, en los arbitrajes, en la adopción...en las causas testamentarias y criminales. Asimismo, están excluidas de la predicación de la palabra de Dios, contra lo expresado por la Escritura, en donde el Espíritu Santo se lo prometió, por boca de Joel, cuando dijo: “También vuestras hijas profetizarán”,

tal y como en época de los apóstoles enseñaban públicamente, como sabemos de Ana, esposa de Simeón, de las hijas de Felipe y de Priscila, esposa de Aquilas...

12.-

Pero tan grande es la impiedad de nuestros legisladores recientes que han anulado el mandato de Dios, proclamando por motivo de sus propias exposiciones que las mujeres, antaño muy nobles por la eminencia y dignidad de su naturaleza, son ahora de condición más vil que el conjunto de los varones. Con tales leyes, por tanto, las mujeres se ven obligadas a ceder ante los varones, como las vencidas en la guerra ante los vencedores, cuando no hay ninguna necesidad o razón natural ni divina que obligue a ello, sino que los responsables son la costumbre, la educación, la suerte y una cierta circunstancia tiránica.

Hay además quienes, basándose en la religión, se arrojan la autoridad sobre las mujeres y, apoyándose en las Sagradas Escrituras, aprueban su propia tiranía, teniendo constantemente en la boca la famosa maldición contra Eva: “Estarás bajo el poder de tu marido y él te dominará”. Y si se les responde que Cristo quitó dicha maldición, lanzarán de nuevo el mismo reproche basándose en las palabras de Pedro, al que se suma también Pablo: “Las mujeres sométanse a sus maridos. Las mujeres en la Iglesia callen”. Pero quien conozca los diversos tropos de la Escritura y sus sentidos, discernirá fácilmente que estas frases no se contradicen sino en la envoltura. Hay, en efecto, un orden en el Iglesia y, aunque los varones sean antepuestos a las mujeres en el ministerio, igual que los judíos son antepuestos a los griegos en la promesa, sin embargo “en Dios no hay acepción de personas”, pues en Cristo no hay varón ni hembra, sino sólo la nueva criatura.

13.-

Ahora, en fin, para resumir todo lo dicho lo más brevemente posible, hemos declarado la superioridad del sexo femenino a partir del nombre, del orden, del lugar y de la materia; y hemos demostrado abundantemente, con argumentos racionales y con ejemplos, qué dignidades ha obtenido la mujer por encima del varón, primero de parte de Dios y luego de parte de la religión, de la naturaleza, de las leyes humanas y de las distintas autoridades. Sin embargo, no hemos expresado tan numerosas cosas como las muchas que aún hemos dejado sin decir, pues no me puse a escribir movido por la ambición ni por el ansia de fama, sino por el sentido del deber y por amor a la verdad, temiendo que, si callaba, podía dar la impresión de que, como si fuera un sacrilegio, estaba arrebatando con cierto silencio impío las alabanzas debidas a un sexo tan devoto (como si enterrara un talento a mí confiado).

14.-

Si alguien más escrupuloso en sus investigaciones encontrara algún argumento que yo haya pasado por alto y pensase que debía añadirlo a esta mi obra, lo consideraré no como una refutación que me hace, sino como una contribución, en la medida en que esta obra nuestra, que es buena, la convertirá en mejor con su inteligencia y saber. Así que, para que mi propia obra no acabe siendo un volumen excesivamente grueso, le pongo aquí punto y final.

